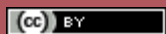


ZBD # 9

Paolo Maccari (poesías)

Textos recibidos el 30/06/2016, aceptados el 15/10/2016 y publicados el 30/01/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



PAOLO MACCARI (Colle Val d'Elsa, 1975) vive y trabaja en Florencia. En 2000 ha publicado *Ospiti*, con prefacio de Luigi Baldacci (Premio Bagutta a la *opera prima*), en 2006 la plaquette *Mondanità*, reeditada tres años más tarde en *Fuoco amico*. De 2013 es *Contromosse*. Sus textos han aparecido en diversas antologías italianas y extranjeras, y han sido traducidos al inglés, al francés y al alemán. En su faceta de crítico se ha encargado de la introducción y edición de muchos autores italianos de los siglos XIX y XX (últimamente ha colaborado con Adele Dei en la edición de las obras de Clemente Rebora para la colección Meridiani de Mondadori). Es autor de una monografía sobre Bartolo Cattafi, *Spalle al muro*, y de un volumen sobre Dino Campana, *Il poeta sotto esame*. Dirige con Valerio Nardoni la colección de poesía Valigie Rosse, asociada al Premio Ciampi.

Metas

Pobres almas grabadas en un cuerpo
 ruinoso y desobediente pobres
 almas brumosas arrancadas a la
 consciencia, como caídas en las
 tremendas fosas de las mañanas
 interminables e irritables y firmes.

Salidas indemnes a través de granizadas
 de sucesos grandiosos terriblemente
 capaces de endurecer los andamiajes
 del corazón, si solo falta un suceso
 mínimo en su cita con un
 hábito, entradas en el dolor
 agrio, en el carrusel de la furiosa
 protesta –y soportasteis en pie voces
 o escritos que de repente feroces
 os tornaban huérfanas viudas
 os depredaban de un hijo de un
 hermano de otra cosa cualquiera
 necesaria, y fuisteis firmes y vivisteis
 y ahora a vuestro asesino le bastaría
 con negaros la comida a la hora establecida
 y moriríais –y esto es duro–
 de rabia por la injusticia sufrida.

Pobres ya muertas en la igualdad
 del mismo fin almas heridas
 mortalmente por la espera cruel
 de la muerte, nadie es más inocente
 que vosotras insoportables vestigios
 de hombres y mujeres de todo tipo,
 nadie os había avisado cuando
 erais valientes de cómo
 se coagula en mancha la sangre viva
 ni habríais podido hacer nada nunca
 por alcanzar una verdadera salvación.
 Se extinguen al unísono salud
 y mente y no queda libre elección
 entre fin voluntario y vergonzosa
 caída en la nada que engulle.

Pobres que la piedad no hiere
 ni consuela almas sin memoria
 y por tanto sin amor ni rencores,
 el ojo que os ve se resigna rápido
 se torna un escalofrío antes de absolveros.

Jaqueca

La antigua trampa de la jaqueca.

La frente no bombea sangre.
(en su reverso
se ejercita un ariete...)

No sé si entenderéis:
en el envés de la frente
se libra una batalla.
Luego se cuentan los muertos,
lo que dejan a quien vive,
dulce infame hurto.
(Maquinación
de la jaqueca).
Los supervivientes no tienen deseos,
blancos como fundas
de almohadas de verano
pálidos como blancas
nubes remeras
dejan evaporándose vacío el campo
desierta la frente:
pasan en vuelo rasante,
–insultos cruentos
los labios rojos.
Pobres pálidos soldaditos pintados.
Los días los harán a pedazos.

La ruidosa caravana de los cantineros
los cantineros salidos de
confortables retaguardias, volcados en
calcular los nuevos excedentes
exceso de comida, repartición
más abundante, borracheras
en la cercana maleza:
entre perder una guerra
y una batalla
hay una gran diferencia.
Acampan ferozmente vivos
en los restos del frente
tras la frente.

Maquinaciones
de la jaqueca,
el ariete joven golpea los
cuernos adornados con hechos de guerra
con escenas insoportables de fiesta

Como se debe

Otro sueño:
nuevos parámetros y vestidos
con gentileza entonados
a mis estúpidos, inconscientes gestos:

otro sastre para mis salidas,
para mis fiestas,
un hombre sabio que me viste
como se debe,
como se visten las personas amadas,
las personas mimetizadas,

las almas tranquilas,
los figurantes olvidados

Carta

Te escribo desde mi cansancio inmotivado.
Hoy sería un día tranquilo
casi feliz
si entre las nubes un sol afilado
no lanzara miradas
a veces de reojo
a veces liberado en plena gloria.

Desechos violentos de luz y vastas sombras
extendiéndose sin preaviso
sin reposo me derriban
y por poco, amigo, no falto
a esta carta más bien reconfortante.

Escribes que tú eres feliz y que lees
todos los libros que se me caen de las manos:
casi me cura saberte sereno activo
muy lejano

Hermano y hermana

Cuando a pocos kilómetros fuera
del pueblo aparecieron por el pueblo
con los gestos bruscos ingenuos y demasiado alegres
de quien se pone en marcha y avanza,
por lábil pero antiguo conocimiento de familias
mis hijos coetáneos acompañé a la escuela
y fui su poco audaz guía.

La fémica besaba ya en la boca, el macho
se batía a puños cerrados con empeño
acalorado y gozoso (para los fuertes fue
su simple fuerza desenvuelta
un descubrimiento y casi enseguida una moda).
Faltó poco para que me despreciaran
y se esfumaran con compañías más prestigiosas.

A veces los vuelvo a ver, hoy: son afectuosos:
al desprecio le ha seguido una benévola
incomprensión.

Él trabaja no sé dónde y como
desde siempre sabe mover las manos
es el jefe de no sé qué en una fábrica
y gana mucho.

A ella la veo a veces fuera de la tienda
que le ha comprado su marido.
Vende vestidos y siempre me parece
cuando tranquilamente me sonrío de lejos
que se ha pasado con el carmín
y que hace mucho tiempo que ya no es feliz

Recapitulación de una amistad

Hemos caminado
durante tantos años juntos
una vida que no nos iba bien.

La novedad de la recíproca insatisfacción
fue un nuevo acontecimiento,
saludado como el enésimo salvador.

Por decir algo,
en el espacio verde de nuestros campos
rondamos ahora solos, centrados en el vuelo
breve de un faisán,
complaciéndonos con una baya distinta
de un modo un tanto extraño,
de un tronco hueco, escondite de nadie.

Los arrendajos que huyen
son criaturas maravillosas del mundo,
colores atrayentes entrevistados entre las ramas.
En cuanto acaban las flores
de exhalar sus leves perfumes
nosotros aspiramos cada molécula
glotones y teatrales.

Hemos dejado de caminar.
Cautos y abiertamente extraños,
buscamos un poco de bien en nosotros.
Nos encomendamos a hábiles técnicos
que recortan la maleza cerca
de nuestros senderos. Estamos más tranquilos.

No caminamos más, el corazón ha parado
su montaña rusa. Él ya no retumba
y nosotros no caminamos,
no nos cansamos: cautamente, se pasea.
Los sentidos se han vuelto aparejos
de precisión, por sabernos partícipes
de un juego cuyas reglas
conocemos de memoria
ignorando su dicha.

Mientras la tristeza grande es que sepamos
lo que hacemos. Estamos
persuadidos. Nosotros niños obedientes a nosotros viejos.

~

Canción

*Quien tiene a mano tu destino
—el de verdad, salvación o condena—
raramente lo sabe.*

*Vive en la simplicidad
la carga insospechada,
y mientras con gesto descuidado
te pone a salvo o te destroza*

*continúa el frívolo discurso
que ha empezado por pura gentileza
con un desconocido
que no volverá a ver.*

(De *Fermate*, próxima publicación)

Nada de mí

Se continúa muriendo pero no aquí. No tendrás nada de mí.
Obscenidad y más obscenidad.
Primero una función el mundo y la gente en el palco.
Ahora en la acera de enfrente
en la salida colorada observo
como un perro hambriento
que espera piadosos avances
el amoroso encuentro de húmeros puntiagudos.

No tendrás nada, nada de mí.
Almacenados en la memoria, salpicaduras de sangre
ensucian los párpados
que quería besar y calmar.
La gran misión era apartarse
y no odiar. Tarde
me lo dijo el dolor.
Y no hay adiós, no hay muerte que redima.
La rendición es una madriguera, el reposo un retiro.
Depuestas las armas, depuestas incluso antes
las emociones del combate,
no sé a quién entregarme.

No tendrás nada de mí, sino a mí mismo
en esta habitación ahumada
donde fumo y me oriento y me sueño
y rehúyo el sueño y te espero
mientras brota la necesidad
de tu perdón,
del perdón de cuantos engañé
diciendo que creo, que sé, que soy.

~

Nosotros dos vecinos y la recíproca
exploración de los ojos
suplicando un indicio
de peste en las mejillas
de los días sin número.

La edad media,
con sus bosques lozanos y sus dragones,
empequeñece las troneras
murmura en vastos silencios
miniaturas de sucesos.
Y nosotros dos, señores
de tierras despobladas.

Arrebatados nuestros amigos,
el tiempo y sus hierbas deseadas
se han tragados los bordes de las carreteras.
Nos hemos vuelto cazadores.
Recolectores de raíces.

Cada sol muere en intensas luces palpitantes:
nos asomamos a los balcones
frente
a los húmedos rojos del atardecer.

Me pregunto quién de nosotros dos vecinos
hoy o nunca
se irá
inerte ligero por entre el vientre del bosque.
O quién de nosotros dos será el primero
en tener la fuerte idea de morir.

Si es, según me dicen, una herencia
errónea del joven católico
que cada uno, aquí, ha sido,

yo no lo sé;
y que sea, según añaden, un pensamiento
atrasado incluso para los jóvenes católicos
de hoy,
hermosos jóvenes que rezan riendo,
no puedo excluirlo porque
literalmente no tengo el coraje de averiguarlo.

Ciertamente, el consejo dado es saludable:
que no se sufra lo que no se puede cambiar.
Es justo arrepentirse de los actos y los pensamientos
que se pueden cambiar.

A los demás, superficie
o foso de nosotros mismos,
se les debe aceptación; como mucho
pulir los excesos
y proseguir.

Quien no está bien no puede llevar el bien.
Quien ama quiere el bien y el bien
emana solo de quien está bien.

Está bien: si hablamos de funcionamiento
y amamos cada participio presente
me declaro averiado.

El rezo enfermo de un descreído:
¿por qué no? Dejo que me contamine
la mente, debilite la voluntad, atranque
el dispositivo del sueño.
Es una cruda necesidad mía.

Es cierto: la morbosa agitación
por un mal que bien es parte de la vida y se sabe.
Porque la vida es todo y toda se debe coger
y los sabios perciben su íntima unidad.

Perfecto: aprovecho íntimamente la unidad,
impongo a mi mente lo que es sacrílego olvidar.

Después de todo,
queda que tú sufres, y apenas existes,
y yo te imagino, y furiosamente
estoy contigo y fuera es de noche.

Como cuando alguien más grande que tú,

que admiras tanto que ni siquiera
esperas serle un día igual,
te pide consejo, incluso
te pregunta qué hacer,
y tú eres presa del estupor,
de la desorientación
un poco orgulloso un poco, pero oscuramente,
abatido...

así sucede que te sonrojas
si aflora inadvertida la consciencia
que mientras desesperabas
de lograr vivir
no menos que quienquiera que has vivido.

Traducción de Juan Pérez Andrés

Traguardi

Povere anime incise in un corpo
 rovinoso e disubbidiente povere
 anime brumose divelte dalla
 coscienza, come scivolate nei
 tremendi fossati delle mattine
 interminabili e scontrose e ferme.

Passate indenni attraverso le grandini
 d'eventi grandiosi terribilmente
 capaci di indurire le impalcature
 dei cuori, se solo manca un evento
 minimo al suo appuntamento con una
 consuetudine, entrate nel dolore
 agro, nella giostra della furiosa
 protesta - e sopportaste in piedi voci
 o scritte che d'un tratto feroci
 vi facevano orfani vedove
 vi depredavano d'un figlio d'un
 fratello di una qualsiasi altra cosa
 necessaria, e foste fermi e viveste
 e ora al vostro assassino basterebbe
 negarvi un pasto all'ora stabilita
 e voi morireste - e questo è duro -
 di rabbia per l'ingiustizia patita.

Povere già morte nell'uguaglianza
 della stessa fine anime ferite
 mortalmente dall'indugio crudele
 della morte, nessuno è più innocente
 di voi insopportabili rimasugli
 d'uomini e donne di qualsiasi risma,
 nessuno vi aveva avvertito quando
 eravate coraggiosi di come
 si coagula in macchia il sangue vivo
 né avreste potuto far niente mai
 per raggiungere una vera salvezza.
 S'estinguono all'unisono salute
 e mente e non rimane scelta libera
 tra fine volontaria ed ingloriosa
 caduta nello zero che trangugia.

Povere che la pietà non ferisce
 né consola anime senza memoria
 e dunque senza amore né rancori,
 l'occhio che vi vede si storna rapido
 diviene un brivido prima d'assolvervi.

Da *Fuoco amico* (Passigli, 2009)

Emicrania

L'antica trappola del mal di testa.

La fronte non butta sangue.
(nel suo rovescio
s'esercita un ariete...)

Non so se capirete:
nel retro della fronte
è in corso una battaglia.
Poi si contano i morti,
quello che lasciano a chi vive,
dolce efferata predazione.
(Macchinazione
di mal di testa).
I superstiti non hanno voglie,
bianchi come federe
di cuscini estivi
pallidi come bianche
nuvole remiganti
lasciano vaporando vuoto il campo
deserta la fronte:
passano radi i loro volti,
– insulti cruenti
le labbra rosse.
Poveri pallidi soldatini pitturati.
I giorni li faranno a pezzi.

La carovana rumorosa dei vivandieri
i vivandieri sgusciano dalle
cullanti retrovie, si danno al
calcolo dei nuovi esuberi
eccedenza di cibo, partizione
più abbondante, sbronze
nell'attigua boscaglia:
tra perdere una guerra
e una battaglia
c'è una bella differenza.
Si bivacca ferocemente vivi
nei resti del fronte
dietro alla fronte.

Macchinazione
di mal di testa,
l'ariete giovane percuote le
corna istoriate di casi di guerra
di scene insopportabili di festa

Come si deve

Un altro sogno:
nuovi paramenti e vesti
con gentilezza intonati
ai miei stupidi, incolpevoli gesti:

un altro sarto per le mie uscite,
per le mie feste,
un uomo saggio che mi veste
come si deve,
come si vestono le persone amate,
le persone mimetizzate,

le anime quiete,
le comparse dimenticate

~

Fratello e sorella

Quando da pochi chilometri fuori
del paese calarono in paese
coi modi bruschi ingenui e troppo allegri
di chi si sente in corsa e progredire,
per labile ma antica conoscenza di famiglie
i figli miei coetanei accompagnai a scuola
e fui la loro poco accorta guida.

La femmina baciava già in bocca, il maschio
si batteva a pugni chiusi con impegno
concitato e gioioso (fu per i forti
la sua semplice forza scanzonata
una scoperta e quasi subito una moda).
Ci volle poco perché mi disprezzassero
e s'involassero in compagnie più prestigiose.

A volte li rivedo, oggi: sono affettuosi:
al disprezzo è succeduta una benevola
incomprensione.

Lui lavora non so dove e siccome
da sempre sa muovere le mani
è capo di qualcosa in una fabbrica
e guadagna bene.

Lei la vedo talvolta fuori dal negozio
che le ha comprato suo marito.
Vende vestiti e sempre mi pare
quando tranquillamente di lontano mi sorride
che abbia esagerato col rossetto
e che non sia da molto tempo più felice

Missiva

Ti scrivo della mia stanchezza immotivata.
 Oggi sarebbe un giorno calmo
 quasi felice
 se tra le nuvole un sole appuntito
 non occhieggiasse
 talvolta in tralice
 talvolta liberato in piena gloria.

Scarti violenti di luce e vaste ombre
 dilaganti senza preavviso
 senza riposo mi accasciano
 e per poco, amico, non mancavo
 a questa lettera che pure è confortante.

Scrivi che tu sei felice e che leggi
 tutti i libri che non riesco a tenere in mano:
 quasi mi cura saperti sereno attivo
 e molto lontano

Da Contromosse (Con-fine 2013)

Canzonetta

*Chi ha in mano il tuo destino
 - quello vero, salvezza o dannazione -
 raramente lo sa.*

*Vive in semplicità
 l'onere insospettato,
 e mentre con gesto trascurato
 ti porta in salvo o ti spezza*

*continua il frivolo discorso
 che ha iniziato per pura gentilezza
 con uno sconosciuto
 che non rivedrà.*

Riepilogo di un'amicizia

Abbiamo camminato
per tanti anni insieme
una vita che non ci veniva bene.

La novità della reciproca insoddisfazione
fu un nuovo evento,
salutato come l'ennesimo salvatore.

Tanto per dire,
nello spazio verde delle nostre campagne
giriamo ora soli, intenti al volo
breve di un fagiano,
compiacedoci di una bacca variegata
in modo appena strano,
di un tronco cavo, nascondiglio di nessuno.

Le ghiandaie che fuggono
sono creature mirabili del mondo,
colori allettanti intravisti tra i rami.
Non fanno in tempo i fiori
a esalare i loro magri profumi
che ne inaliamo ogni molecola
ingordi e teatrali.

Abbiamo smesso di camminare.
Guardinghi e apertamente estranei,
cerchiamo un po' di bene per noi stessi.
Ci affidiamo a manutentori accorti
che sfofiscono i sottoboschi nei pressi
dei nostri sentieri. Siamo più calmi.

Non camminiamo più, il cuore ha smesso
coi suoi ottovolanti. Lui non rumoreggia
e noi non camminiamo,
non faticiamo: cautamente, si passeggia.
I sensi sono diventati apparecchi
di precisione, per saperci partecipi
di un gioco le cui regole
conosciamo a memoria
ignorandone la gioia.

Mentre la tristezza grande è che sappiamo
ciò che facciamo. Ne siamo
persuasi. Noi bambini ubbidienti a noi vecchi.

Niente di me

Si continua a morire ma non qui. Non avrai niente di me.
 Oscenità e ancora oscenità.
 Prima una recita il mondo e le genti sul palco.
 Ora sul marciapiede di fronte
 all'uscita colorata osservo
 come un cane affamato
 che attende pietosi avanzi
 l'amoroso scontrarsi di omeri aguzzi.

Non avrai niente, niente di me.
 Stivati nella memoria, schizzi di sangue
 imbrattano le palpebre
 che volevo baciare e placare.
 L'alta missione era farsi da parte
 e non odiare. Tardi
 me lo disse il dolore.
 E non c'è addio, non c'è morte che redima.
 La resa è una tana, il riposo un recesso.
 Deposte le armi, deposte ancor prima
 le emozioni del combattimento,
 non so a chi consegnarmi.

Non avrai niente di me, se non me stesso
 in questa stanza affumicata
 dove fumo e mi oriento e mi sogno
 e scaccio il sonno e ti aspetto
 mentre sale il bisogno
 del tuo perdono,
 del perdono di quanti trassi in inganno
 dicendo che credo, che so, che sono.

Da *Fermate* (in corso di pubblicazione)

Noi due vicini e la reciproca
perlustrazione degli occhi
supplicando un indizio
di peste sulle guance
dei giorni senza numero.

L'età di mezzo,
con le sue foreste rigogliose e i suoi draghi,
assottiglia le feritoie
mormora in vasti silenzi
miniature di eventi.
E noi due, signori
di terre spopolate.

Rapiti i nostri amici,
il tempo e le sue erbe volitive
hanno ingoiato le sagome delle strade.
Siamo tornati cacciatori.
Cercatori di radici.

Ogni sole muore in intense luci tremanti:
ci affacciamo sui balconi
davanti
agli umidi rossi dei tramonti.

Mi domando chi tra noi due vicini
oggi o mai
se ne andrà via
inerte leggero nel ventre della foresta.
O chi tra noi due per primo
avrà il pensiero forte di morire.

Se sia, come mi dicono, un retaggio
storto del giovane cattolico
che ognuno, qui, è stato,

io non lo so;
e che sia, come aggiungono, un pensiero
arretrato anche per i giovani cattolici
di oggi,
bei giovani che pregano ridendo,
non posso escluderlo perché
letteralmente mi manca il cuore di appurarlo.

E certo, il consiglio dispensato è salutare:
che non si soffra ciò che non si può cambiare.
Giusto è pentirsi degli atti e dei pensieri
modificabili.

Agli altri, superficie

o fossa di noi stessi,
si deve accettazione; al limite
smussare gli eccessi
e proseguire.

Chi non sta bene non può portare bene.
Chi ama vuole il bene e il bene
si promana soltanto da chi sta bene.

Va bene: se parliamo di funzionamento
e amiamo ogni participio presente
mi denuncio malfunzionante.

La preghiera malata di un miscredente:
perché no? Lascio che mi inquini
la mente, fiacchi la volontà, inceppi
il dispositivo del sonno.
È una mia cruda necessità.

È vero: la morbosa agitazione
per un male che pure è parte della vita e si sa.
Perché la vita è tutto e tutta va presa
e i saggi ne colgono l'intima unità.

Perfetto: ne colgo intimamente l'unità,
richiamo alla mente ciò che è empio dimenticare.

Dopo tutto,
rimane che tu soffri, e appena esisti,
e io ti immagino, e furiosamente
sono con te e fuori è notte.

~

Come quando qualcuno di te più grande,
che ammira tanto da nemmeno
sperare di diventargli un giorno simile,
ti chiede consiglio, addirittura
ti domanda cosa fare,
e tu sei preso da stupore,
da disorientamento
un po' fiero un po', ma oscuramente,
abbattuto...

così capita di arrossire
se affiora inavvertita la coscienza
che mentre disperavi
di riuscire a vivere
non meno di chiunque hai vissuto.